

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón

Milán, 17 junio 2015

Texto de referencia: J. Carrón, Introducción, en UNA PRESENCIA EN LA MIRADA, supl. En Huellas-Litterae communionis, junio 2015, pp. 4-19; L. Giussani, «La continuidad de Jesucristo: raíz de la conciencia de sí que tiene la Iglesia», Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2005, pp. 99-108.

Por tudo meu Jesus

Favola

Gloria

Habíamos propuesto seguir trabajando la Introducción de los Ejercicios de la Fraternidad y el capítulo de *Por qué la Iglesia* que afronta el tema de la Resurrección. La primera pregunta es sobre este punto: «En el encuentro semanal que hacemos con nuestro grupo de Escuela de comunidad donde leíamos el capítulo sobre la permanencia de Jesús entre los hombres, salieron a la luz algunas cuestiones sobre las que estuvimos discutiendo animadamente. Algunos afirmaban que uno puede vivir bien el presente cuando tiene la certeza de la Resurrección y de la vida eterna, y otros decían que la eternidad es una promesa y que el ciento por uno se experimenta aquí y ahora estando dentro de la realidad presente, hasta el punto de que incluso poniéndonos en la situación de que no hubiera nada después de la muerte, sería igualmente bello vivir con esta plenitud. Puede que solo sea una discusión teórica, pero nos enfrascamos en estas dos visiones sobre la Resurrección. En nuestra opinión, esto significa que tenemos una pregunta y necesitamos aclararla. Después surgió otra discusión: uno de nosotros decía que en algunas situaciones maldecía el hecho de ser cristiano, porque el ser cristiano hace que te cuesten más algunas circunstancias, que seas menos feliz y estés menos satisfecho. Sobre esto también estuvimos discutiendo. Ser cristianos no nos ahorra ninguna fatiga en la vida cotidiana pero, ¿no es verdad que usando el criterio de juicio que nace de la fe se puede hacer experiencia de una verdadera alegría?». Esto es lo que cada uno de nosotros está llamado a verificar, porque si no, se convierte en una discusión infructuosa (porque cada uno verifica en la realidad partiendo del punto de vista que defiende). Si delante de las circunstancias uno no encontrase en la fe una ayuda para vivir, maldeciría el hecho de ser cristiano. Por eso en los Ejercicios dijimos que la fe no puede decir: «Es así y punto», como pidiendo una confirmación gratuita, porque está ligada a la experiencia, tanto es así –dice don Giussani– que tiene que comparecer ante el tribunal de nuestra experiencia. La Iglesia no puede hacer trampas proponiendo algo que no sea capaz de cumplir realmente, pero ni siquiera yo puedo hacer trampas, porque para afirmar la verdad no puedo falsificar las pruebas. Si una persona, en un momento dado, no puede sorprenderse viviendo la realidad de forma diferente gracias a la fe, también en las circunstancias que le cuestan, poco a poco la fe se irá vaciando de razonabilidad y tendrá fecha de caducidad. Por eso la discusión teórica no resuelve la cuestión; lo que la resuelve es verificar la fe en la experiencia,

aquello a lo que don Giussani nos ha invitado siempre. De otro modo no podremos salir de esta "trampa" que la fe –como cualquier otra realidad de la historia y de la vida– hace que emerja: ¿es verdad o no es verdad? La verdad sale a la luz delante de mis ojos únicamente en la experiencia.

Estas últimas semanas me he obligado a leer la Escuela de comunidad todos los días, porque todavía no es algo que me salga de forma natural y a menudo lo hago con desgana. Aun así, aunque no lo haga con entusiasmo, entiendo que la Escuela de comunidad es el primer instrumento que tengo para entender de verdad las cosas. Yo sola me quedaría en la superficie. Delante de este trabajo de comparación ha salido a la luz el hecho de que todavía predomina la mezquindad, la torpeza y la confusión en mi persona. Delante de hechos dramáticos de mi vida nunca he percibido la lejanía de Cristo; es más, mi relación con Él se ha hecho más profunda precisamente en esos momentos. Sin embargo, identifico con cierta tristeza que en la cotidianidad, en la normalidad de la vida es cuando me alejo de Él. En la página 11 del cuadernillo dice: «El cristianismo es la exaltación de la realidad concreta, la afirmación de lo carnal [...], otorga valor a las circunstancias concretas y sensibles, por lo cual uno no tiene nostalgia de grandeza cuando se ve ceñido a lo que le toca hacer: lo que tiene que hacer, por pequeño que sea, es grande, porque ahí vibra la Resurrección». Sin embargo, a menudo, cuando estoy en casa, en la normalidad, me descubro pensando: ¿esto es todo? La normalidad se vuelve banal y me descubro deseando otra cosa, me gustaría hacer otra cosa. Pienso: si hubiera aquí alguien o si hiciera cualquier otra cosa, entonces sí que valdría la pena, y siento sobre mí un peso, como si yo fuese responsable de tener que transformar la realidad que tengo delante en algo diferente. Esta percepción que tengo de las cosas no me deja indiferente; es más, me produce mucho dolor, porque me encuentro mirando a mi familia de una forma triste. Querría vivir no con la pretensión de que el mundo que tengo alrededor cambie, sino con la esperanza de cambiar tal y como Cristo me pide. ¿Qué significa vivir la Resurrección de Cristo en la cotidianidad? ¿Cómo es para ti? ¿Cómo hace la Resurrección que mires las cosas y las personas en la normalidad del día a día? Yo deseo vivir a la luz de esta mirada de victoria y tenerla para mí, pero a menudo tengo un peso en el corazón.

Este es un ejemplo de lo que estábamos diciendo hace un momento. Si la Resurrección no es una experiencia, yo vivo triste, vivo las circunstancias diciendo: «¿Esto es todo?». La respuesta a esta pregunta la encontramos en lo que nos dice don Giussani comunicándonos una experiencia: «Nuestra autoconciencia alcanza su cumbre en el misterio de la Resurrección. En él culmina la autoconciencia del cristiano y, por tanto, la autoconciencia nueva de mí mismo, del modo en que miro a todas las personas y las cosas» (p. 11). ¡No existe otra mirada, amigos! Si no recuperase esta mirada –os lo he dicho en muchas ocasiones–, no podría mirarme bien a mí mismo. Entiendo que no puedes mirar cualquier cosa, a tu marido o a tu hija, sin dejar entrar esta mirada, sin dar crédito a esta mirada. Yo no sé cómo se puede vivir la fe sin dar crédito a esto. Me hablaron hace poco de una chica americana que se acababa de convertir al catolicismo, y que respondiendo a la pregunta sobre qué significaba para ella "salir de sí misma",

afirmaba: «Es fácil de entender. Antes, cuando estaba mal, me ponía a escribir en el diario o me iba a dar una vuelta sin rumbo fijo; sin embargo, ahora, cuando estoy mal, me pongo enseguida a leer la Escuela de comunidad. Y es eficaz. Esto quiere decir "salir de uno mismo"». ¡Ha sido la última en llegar! ¿Por qué los publicanos –lo he repetido muchas veces– volvían a Jesús? Porque en la relación con Él se introducía un modo nuevo de mirarse a sí mismos, a las personas y las cosas. Por eso Giussani dice que la Resurrección es «la clave de una nueva relación conmigo mismo, con los hombres y con las cosas» (p. 11). Que Cristo haya resucitado, que la persona de Jesús de Nazaret que ha conquistado la vida viva todavía, que no es un hecho del pasado, que no es un recuerdo devoto, que no es un sentimiento, que es una presencia que permanece en el tiempo, se entiende porque introduce una mirada nueva sobre todas las cosas, y nosotros lo podemos tocar con la mano en muchas ocasiones: por ejemplo leyendo la Escuela de comunidad, o a través del testimonio de otras personas que nos introducen en un modo de mirar la realidad donde vibra la Resurrección de Cristo. Y esto hace que las circunstancias concretas empiecen a ser diferentes, por lo que en esa misma circunstancia, que es limitada y no puede estar a la altura de la infinita nostalgia que tienes de plenitud, uno puede no tener la inquietud de querer una mayor grandeza. Lo que tienes que hacer se vuelve grande aunque sea pequeño, porque vibra dentro de la Resurrección de Cristo. ¿Cuál es la forma más inmediata, más sencilla para empezar a entender estas cosas? La relación amorosa. Cuando una presencia determina hasta tal punto el presente, que es y sigue siendo limitado, explota como plenitud de significado. ¡Porque todas las circunstancias son limitadas! Y cuando no vemos esta sobreabundancia acabamos enfadándonos con las circunstancias o queriendo atravesar el límite de las circunstancias yendo más allá de nuestras posibilidades. Sin embargo, cuando vemos personas que en las circunstancias cotidianas y banales que tenemos todos están contentas –es decir, no tienen caras largas, malestar permanente, hastío de fondo–, entiendes qué significa estar alegres porque Él vive (y no porque cambien las circunstancias o se vuelvan algo glorioso). ¿Alguna vez has hecho experiencia, incluso en la relación con las personas o con las cosas limitadas, de una plenitud sin límite? Sí. Bien, esta es solamente una imagen muy lejana de lo que Cristo introduce en la vida. Si la Resurrección no es esto, si Cristo no es la Presencia que introduce esta novedad en la vida, entonces estaremos igual de perdidos que los demás, porque el deseo del hombre es infinito, mientras que la realidad siempre es limitada («¿Esto es todo?»). Pero en algunos momentos es como si este horizonte se rompiera y empezásemos a ver que el Misterio introduce algo nuevo que aún no nos es familiar, pero que ya hemos percibido toda su verdad, toda la densidad de la realidad, porque estábamos contentos, desbordados, no porque las cosas hayan "ido bien", sino gracias a Él. Si esto no se convierte en experiencia, la Resurrección sigue siendo una afirmación completamente vacía, porque dentro de la circunstancia –dentro, no al lado, no después, no imaginándonos una situación diferente–, cuando estás con tus hijos limpiándoles el trasero, vibra la Resurrección de Cristo. Aunque todavía no sea familiar, don Giussani nos ofrece esta posibilidad. Y es realmente así, aunque todavía no sea algo nuestro. La

cuestión es si empezamos a dar crédito a esto, porque entonces empezará a ser así. ¿De qué depende esto? De una apertura.

En estos últimos meses, lo que me aflige no es un drama gigantesco o yo qué sé, sino más bien la apatía y la frialdad de corazón que veo en mí.

La apatía.

Estoy siempre apático, nada me mueve. Y no es porque en este tiempo no haya sucedido nada; es más, han pasado muchas cosas importantes (por ejemplo, la hermana de una amiga mía ha estado muy mal, y yo veía que para mis amigos todo eso no era un obstáculo o un freno, sino que era siempre motivo de juicio para no dejar que la vida les resbalara como me está sucediendo a mí). Lo que más me enfada es que veo cómo crecen mis amigos, cómo acogen cada pequeño detalle de su día para que dé fruto por el entusiasmo con que me cuentan las cosas, un entusiasmo tal que podría no escucharles ni una sola palabra de lo que están diciendo, pero basta ver sus caras mientras te hablan para entender que detrás de esas palabras hay mucho más. Necesito encontrar este "mucho más" para mí, aunque solo sea de forma banal, porque no soy capaz de estudiar, estoy poco atento en clase y en noviembre tendría que graduarme. La única certeza que tengo es que ese "mucho más" yo lo he vivido y sé que existe, o sea que también es para mí, pero no entiendo qué es lo que me falta para volver a tenerlo. Rezo mañana y noche para que pueda encontrarlo durante el día. Voy a rezar el Ángelus todos los días e intento leer la Escuela de comunidad. Pero ahí igual: apatía completa. No consigo entender cómo volver a empezar.

Rezar no es suficiente, es necesario que estemos disponibles, abiertos. De hecho, ¿qué es lo que te testimonian tus amigos? ¿Por qué deseas crecer como ellos? Porque, como decías antes, acogen lo que hay en cada detalle de su día a día. Esto no es un problema de voluntarismo, no es que tengamos que ser mejores: el problema es acoger lo que hay. Se ve en el entusiasmo que tienen tus amigos cuando cuentan las cosas, en cómo se sorprenden. No es que ellos tengan algo más que tú y yo no tenemos; el problema es que damos por descontada toda la realidad que está delante de nosotros, y por eso tenemos que aprender, sobre todo de los amigos con los que estás: «Pero, ¿qué es lo que has visto?». Empieza a estar atento, a ensimismarte con las personas que se te han dado: «¿Por qué estás tan contento? ¿Qué es lo que te hace estar tan contento?». Es tu mirada la que tiene que ampliarse, ¡una mirada que entre en tu mirada! ¿Qué puede ayudarnos? Dice otro e-mail que me han escrito: «Comparándome con la mujer de *Barco Negro* o con la Magdalena, me doy cuenta de que a menudo yo no tengo esta percepción de mi necesidad. Pienso en unos bachilleres que hace unas semanas decían en una Escuela de comunidad: "Cuando no hay problemas es difícil reconocerle". ¿Cómo se puede querer la necesidad y permanecer en ella? ¿Querer la necesidad y permanecer en ella es amar lo puro y expurgar lo falso?». Permaneciendo en la necesidad como los niños, como dice Giussani hablando de la Resurrección, porque los niños se sorprenden por todo. Sin embargo, nosotros estamos como dormidos, porque llega un momento en el que la realidad ya no nos habla. Y esto, dice don Giussani, es lo que tenemos que educar

constantemente. Es necesaria la inteligencia del niño para poder mirar las cosas de un modo verdadero: «Se llama "fe" la inteligencia humana que, conservando toda la pobreza de su naturaleza original, se ve colmada por Otro, ya que en sí está vacía, como unos brazos abiertos». Es lo que tenemos que recuperar, porque la realidad está ahí para ti, pero muchas veces no te habla porque, como decía san Agustín, la realidad habla solo a quien hace las cuentas con el corazón. Por eso don Giussani hacía referencia constantemente al capítulo que es la clave de bóveda para salir de este embrollo: el capítulo diez de *El sentido religioso*, porque cuando la presencia de Cristo resucitado te hace ver las circunstancias, la realidad, hace que te sobresaltes, este es el signo más evidente de la Resurrección. Leemos: «Este Misterio –Cristo resucitado– es el juez de nuestra vida [...]; la juzga día a día, hora a hora, momento a momento» (p. 12). ¿Qué quiere decir que juzga, que es el juez? Es como si estuvieras enamorado; el juicio sobre qué significa tu novia lo ves en la relación con la realidad, instante tras instante, tú verificas si esa mirada es tan determinante, está tan presente, invade tanto tu vida que no puedes entrar en la realidad, vivir cualquier cosa sin que esa presencia, que te ha invadido hasta el tuétano, determine la vida. Cuando falta esto, cuando decrece, es como si todo se adormeciese. No porque en sí sea algo muerto, sino porque falta la inteligencia del niño que tenemos que recuperar constantemente. Por eso Giussani dice que hace falta una educación. Es la condición que Jesús siempre ponía: «Podéis entrar en el Reino de los cielos, ver toda la riqueza de la vida y lo que Yo he traído, solo si sois como niños». ¿Qué hace que no estés tan adormecido? No eres tú quien tiene que generarlo, sino que tienes que dejarte provocar con sencillez por la realidad, como un niño. Recuerdo que un amigo mío que tuvo un accidente de coche se quedó paralizado e inconsciente durante meses. Cuando se despertó todo le parecía nuevo, diferente, ¡todo era nuevo! Nosotros lo vemos todos los días, y así estamos acostumbrados, dormidos, lo damos todo por descontado. Esto requiere por nuestra parte un trabajo, sostenidos por las personas que tenemos alrededor y que facilitan esta educación.

Durante estas últimas semanas hemos estado explicando la exposición sobre don Giussani De mi vida a la vuestra. Me he dado cuenta de dos cosas. La primera es que ha sido una gracia inmensa para todos nosotros gracias a los encuentros que hemos tenido con algunas personas. Explicando la exposición la gente ha profundizado más en lo que les había sucedido en la vida, y esto hacía que se sorprendieran mucho más de la realidad que tenían delante.

La propuesta de explicar la exposición tiene su primer fruto en nosotros: estaban más sorprendidos. Lo que el Señor hace después con nuestro sí es cosa suya.

En segundo lugar, lo que he visto en acto ha sido lo que nos decía el Papa el 7 de marzo respecto al carisma y al hecho de descentrarse: a través de la explicación de la vida de Giussani todos han podido profundizar en su primer amor, en su encuentro con Cristo. Y esto era lo que transmitían a los demás. Lo que nos ha sucedido es algo grande, hasta el punto de que muchos se han preguntado: ¿se puede vivir así siempre? Y durante los días siguientes hemos visto que con la mirada de la Resurrección en los ojos, si uno es leal con un corazón realmente necesitado, no puede no volver a buscarle

día y noche. El ejemplo más impactante fue un chico que vio la exposición y desde ese día estaba siempre con nosotros, vino a la asamblea que hicimos la semana pasada y nos escribió esto (es de una inteligencia realmente increíble): «Cuando hoy ha terminado la Escuela de comunidad, tenía el profundo deseo de poder mirar a todo el mundo a los ojos y abrazarlos. He vuelto a casa en tren lleno de alegría y quería entender. Pero ha sido algo tan grande que lo único que me salía hacer era quedarme en silencio, lleno de un estupor vivo. ¡Cómo querría que me pasara con cada cosa, con cada encuentro! Pero hay algo más. Ha sido un silencio lleno, el mismo silencio que he visto delante del Santo Sudario: ese Rostro que miraba y me atraía hacía sí, hoy lo he encontrado de nuevo a través de vosotros. Yo solo he dicho que sí. Hoy, mientras hablabais, me he conmovido. Y me he preguntado: ¿por qué me he conmovido? Y me he dado cuenta de que tengo un corazón que desea la verdad y que me ha hecho consciente de lo que estaba sucediendo. Vosotros contabais que Jesús ha usado a quien estaba explicando la exposición para recordar que se puede vivir como ha vivido Giussani. Y yo me he preguntado: ¿quién es Jesús para mí? Hoy, igual que en estos últimos días, habéis sido vosotros, amigos verdaderos, que de forma inesperada y misteriosa me habéis permitido recordar para qué estoy en el mundo y por Quién vale la pena vivir. Hoy habéis dicho: "Se vive por amor a algo que está sucediendo ahora". Y yo me he preguntado: ¿qué he sido yo para vosotros? Yo he hecho algo normal, he dicho "sí", he ido a ver la exposición, pero en esta normalidad tú, yo y todos los demás le hemos reconocido a Él vivo en nosotros. He vuelto a descubrirme a mí mismo a través de vosotros, y lo que me sale decir es que es bello vivir así, vivir con la conciencia de la presencia de Jesús que nos hace compañía. Quiero vivir así siempre». Me ha sorprendido porque he visto en él lo que tú decías de Pedro: no basta reconocer el hecho, es necesaria una inteligencia positiva que esté en tensión por afirmar la realidad y lo que la constituye.

Se ve que ha entrado una presencia en la mirada por el hecho de que uno descubre que tiene un deseo que no tenía antes: el deseo de poder mirar a todos a los ojos y abrazarlos, no como el resultado de un proyecto (volver a casa invadido por la alegría, en silencio). Y ahí, escuchando a los que estaban explicando la exposición, ha tenido que reconocer quiénes eran, la presencia de Jesús, algo que ha entrado en su carne y ha empezado a introducir una novedad en su límite, en las circunstancias de todos los días. Es una oportunidad que está al alcance de la mano de cualquiera que la deje entrar, sea cual sea la circunstancia.

Yo también quiero hablar de lo que ha pasado en la universidad durante la exposición de don Giussani, con el corazón lleno de agradecimiento. El primer día, mientras montábamos los paneles, llegaron dos chicos que normalmente están en ese sitio fumando. Sorprendidos de que estuviésemos allí, se acercan y empiezan a mirar de reojo. Les dijimos: «¿Queréis que os la expliquemos?». La exposición abrió sus puertas y ellos fueron los primeros. Al principio sus caras eran escépticas y de vez en cuando se les escapaba una sonrisilla, pero poco a poco fueron cambiando y empezaron a contar cosas de ellos mismos y de sus preguntas. En un momento dado, uno de ellos nos miró y

nos dijo: «¡Precioso! No me imaginaba que fuese así, la gente no sabe estas cosas, ¡tenéis que contárselo a todo el mundo!». Después miró su reloj y dijo: «¡Pero si ha pasado una hora y media! Yo había quedado a comer con unos amigos, pero el tiempo se ha pasado volando». Por la tarde, mientras descansábamos, le vi detrás de los arbustos y le dije: «¿Qué haces aquí todavía?». Respondió que tenía que ir a una clase pero no tenía ganas. Yo le dije: «¿A qué aula tienes que ir?». Es un aula que está en la otra punta de la facultad... Me dijo: «Lo sé, pero quería volver a veros. Dejadme vuestros números, aunque no sé si os llamaré». Al día siguiente volvió y me dijo: «Nunca había tenido una clase tan bonita como la de ayer». Esa tarde imprimimos ciento cincuenta panfletos para invitar a la gente que estaba en la universidad. Cuando mis amigos me preguntaron por qué, respondí: «Porque ayer un chico que acababa de conocer me dijo que tenía que invitar a todo el mundo». Al tercer día vino un profesor nuestro (no sabíamos que iba a venir, no es del movimiento) que había leído el correo que habíamos mandado con la invitación. Durante la exposición se conmovió varias veces. Al día siguiente nos escribió: «Le agradezco de corazón la invitación, pero sobre todo la acogida y el acompañamiento de hoy. Es un regalo especial tener al lado estudiantes como vosotros, con la sonrisa y la dulzura que lleváis en el corazón, transparentes como el aire y limpios como el agua de la fuente. Esta es la imagen que, con don Giussani, he llevado hoy a casa con mi familia, a quienes les he contado lo que ha pasado hoy. Vuestro testimonio de fe en primera persona representa un estímulo para todos nosotros para seguir adelante incluso en los momentos difíciles». Delante de estos hechos (y de otros que ahora no tengo tiempo de contaros) me preguntaba qué diferencia hay entre los discípulos de Emaús, que después de estar con Él volvieron a casa diciendo: «¿No vibraba nuestro corazón cuando estábamos con Él?». Dos mil años. Cristo está presente hoy y no es algo que haga yo. No soy capaz de generar nada de esto con mis manos y toda mi buena voluntad. Al día siguiente fui a misa y se leyó el Evangelio en el que Jesús le dice a Pedro: «Echa las redes al otro lado para pescar» (que para mí es como tú o mis amigos que me decís: «Ve a explicar la exposición. Te doy esta oportunidad»). Y Simón le responde: «Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado un solo pez, pero por Tu palabra echaré las redes». Esta es toda la resistencia que tengo yo, pero en un momento dado cede, «y cuando lo hicieron pescaron una gran cantidad de peces y las redes se rompían». Si miro los peces pescados delante de la tentación de enorgullecerme por un trabajo bien hecho, agacho la cabeza y digo: «Gracias Señor, porque no he hecho otra cosa más que seguirte». Estoy entendiendo cada vez más que este Tú con mayúscula coincide con un rostro humano. La realidad, la compañía del movimiento, mis amigos, las propuestas que nos hacen son la carne de Jesús que viene a rescatarme para decirme: «Amigo, ven aquí, respóndeme aquí, te enseño quién soy Yo». Pero el descubrimiento más grande de todos no han sido los peces que he pescado, sino haberme dado cuenta otra vez de que el primer "pececillo" que ha sido pescado misteriosa e indignamente he sido yo. De hecho, mientras veía cómo muchas de las personas que hemos conocido buscan una respuesta a su vida, las preguntas que tienen, las resistencias que no consiguen superar, me vino a la mente un episodio en el que don Giussani habla de un hombre que había conocido hacía poco, y comenta: «Si yo veo [...]de qué forma se afana, busca

el camino, siento un respeto que nace justamente de la certeza que tengo; porque uno que está seguro, si ve a otro que está inseguro, siente por él una piedad sin límites y dice: "Dios mío, ¿qué he hecho yo para ser distinto de él?"».

Esta novedad en lo cotidiano de las circunstancias banales de todos los días es sencillamente la intensidad de vida que ha introducido en el mundo la Resurrección. El juicio que emerge de estos hechos es que Cristo está presente porque introduce esta novedad. La cuestión es si nosotros, cuando no sucede, tenemos nostalgia y volvemos a Él. No porque queramos generarlo nosotros con nuestros intentos, sino para dejar entrar Su presencia en nuestra vida cuando está ahogada por las circunstancias.

Con ocasión de la presentación de la exposición, existía la posibilidad de pedir los paneles algunos días antes, así que pensé en prepararla para explicarla en el colegio donde doy clase. Es un colegio concertado, de secundaria y bachillerato, con aproximadamente trescientos cincuenta alumnos. Yo pensaba explicársela solo a los cursos donde doy clase durante mis horas de clase, porque además la exposición iba a estar en el colegio solo dos días. Por razones de logística la exposición se montó en el pasillo, donde están las máquinas de café y donde los de secundaria hacen el descanso. Las circunstancias han querido que presentase la exposición a una de mis clases (de segundo de la ESO) precisamente durante el descanso de los de secundaria y cuando muchos de mis compañeros estaban haciendo cola en las máquinas de café. Estaba dispuesto a mandar callar de forma brusca, pero en un momento dado, mientras hablaba, llegué delante del panel con el título «Mujer, ¡no llores!». Pensando y teniendo presente lo que primero don Giussani y después tú habéis repetido tantas veces, les dije a mis alumnos: «Chicos, imaginad este hecho, esta mujer que sigue el cuerpo muerto de su hijo, esta mujer desesperada que ha perdido a su marido y ahora a su hijo. Imaginad su dolor, la angustia de esta mujer. Intentad imaginar estas lágrimas que ningún hombre puede secar. Se acerca Jesús y le dice: "Mujer, ¡no llores!". ¿Quién puede hacer algo así? ¿Hay alguien capaz de decir una frase como esta? ¿Quién puede hacerlo?». Dejé de hablar y me di cuenta de que el ruido que había al principio había desaparecido. Levanté la mirada y vi que la gente (no los conté pero eran muchos porque estaban todos los de secundaria en el descanso y mis compañeros, que se estaban tomando un café) estaba en silencio y miraba el panel. No me miraban a mí, sino al panel, miraban la pregunta. Llegué al final de la exposición con un cierto respeto por el silencio que se había formado, que era mucho más fuerte que el ruido del principio. Unas horas después se acercaron otros alumnos y me dijeron: «Profe, ¿nos explica a nosotros la exposición?». Y durante dos días prácticamente estuve pegado a la exposición. La expliqué incluso a un grupo de profesores, algo impensable e impredecible. Ahora no sé qué pasará, pero lo que ya ha sucedido es una promesa para mí, es un hecho que ha provocado a mi corazón. A lo mejor hay gente que puede liquidar la cuestión, seguramente alguien lo haya hecho, como si lo que tenía delante fuera algo pequeño. Algunos incluso decían que los apóstoles estaban borrachos, así a lo mejor –¡Yo no estaba borracho!–... Pero nada quita lo que ha sucedido. Al final, un chico –esto me impresionó mucho– se me acercó y me dijo: «Pero profe, ¿por qué

nadie nos dice estas cosas? ¿Por qué no nos lo ha dicho antes?». Y yo me sentí bastante pequeño, porque en el fondo es así, sobre todo en este período de exámenes mi preocupación es preparar a los chicos, no proclamar que hay Uno que ahora, a pesar de todo, de todos mis problemas, dice: «¡No llores!».

Lo que me sorprende de la sencillez de estos testimonios es que los primeros que ganamos somos nosotros, es decir, que la propuesta que nos hace el Papa de que salgamos a comunicar lo que nos ha sucedido es antes de nada para nosotros, porque es diferente que uno vea suceder estas cosas en la realidad como ocasión para desafiar cualquier momento en el que esté adormecido, cualquier dificultad. La fe crece, como hemos dicho siempre, donándola, compartiéndola, porque a nosotros se nos ha dado para compartirla en cualquier circunstancia, en este caso con la exposición de don Giussani. Porque una vez que nuestros hermanos lo conocen, nos dicen: «¡Tenéis que contárselo a todo el mundo!», «Profe, ¿por qué nadie nos dice estas cosas?». ¿Cuál es nuestra contribución? ¿Qué esperan de nosotros? ¿Qué significa ser una presencia? Todos estos testimonios nos muestran cuál es el verdadero deseo de muchos de los que tenemos a nuestro alrededor. Por eso, en nuestro intento de vivir lo que nos ha sucedido, de entrar cada vez más en lo que se nos ha regalado, se entiende el método de Dios, cómo Dios llega a otros y les cambia. Como nos ha dicho don Giussani, solo si nuestra fe crece constantemente podrá convertirse en un bien también para los demás.

Antes de terminar digo unas palabras sobre la manifestación del próximo 20 de junio, sobre la que se ha discutido en estos días. La defensa de la familia es una urgencia que la Iglesia ha advertido fuertemente: el Papa lo subrayó otra vez el domingo pasado en el *Ángelus*, y sobre todo ante la Asamblea de la Diócesis de Roma. Lo ha declarado el Pontificio Consejo para la Familia, además de muchos obispos, asociaciones y movimientos eclesiales. También la Secretaría de la Conferencia Episcopal Italiana ha expresado oficialmente su posición, confirmando la urgencia de una unidad entre todos los católicos en el tema de la familia. Este parecer es totalmente compartido por toda la Iglesia. Sin embargo, precisamente la CEI ha aclarado que nadie tiene el monopolio respecto a la modalidad con la cual intervenir en el debate público y político. Por esto ha preferido no implicar a toda la Iglesia italiana en un apoyo directo a la manifestación. Por lo tanto, salir a la calle el 20 de junio es solo una de las opciones, libre y legítima, pero que puede ser completamente discutible. ¿Esto quiere decir que se pierde la convicción de que hay que defender la familia?

Yo tengo en mis ojos la experiencia en España, que puede servir como ejemplo. Los españoles hemos hecho muchas y numerosas manifestaciones para defender la familia (no sé si algún país ha hecho tantas como nosotros), llevando a la calle a millones de personas. Todos sabemos que esto no ha tenido el éxito que deseábamos, es más, vemos cómo ha terminado todo: una legislación mucho más permisiva en la dirección de los "nuevos derechos". ¿Qué aprendemos de esto? Que las manifestaciones en la calle, que son una modalidad legítima en una sociedad democrática como la nuestra, no influyen en absoluto. Y que es todavía más urgente reconocer lo que hemos repetido citando al entonces cardenal Ratzinger, que tuvo el coraje de decir ciertas cosas de las que, en mi

opinión, nos cuesta darnos cuenta: que estamos ante el «derrumbamiento de las antiguas certezas», de las evidencias más elementales. Por esto en la intervención del año pasado sobre las elecciones europeas cité este pasaje: «En la época de la Ilustración [...], en la contraposición de las confesiones y en la crisis correspondiente de la imagen de Dios, se intentaron mantener los valores esenciales de la moral [es decir, la familia, la vida, etc.] por encima de las contradicciones y buscar una evidencia que los hiciese independientes de las múltiples divisiones e incertezas de las diferentes filosofías y confesiones. De este modo, se quisieron asegurar los fundamentos de la convivencia y, más en general, los fundamentos de la humanidad. En aquel entonces, pareció que era posible, pues las grandes convicciones de fondo surgidas del cristianismo en gran parte resistían y parecían innegables» (J. Ratzinger, «Subiaco, 1 de abril de 2005», en *L'Europa di Benedetto e la crisi delle Culture*, LEV-Cantagalli, Roma-Siena 2005, p. 61). ¿Cuál ha sido el resultado de esta "pretensión"? Ratzinger responde sin medias tintas: «Ha fracasado» (*Ibidem*, p. 62). Podemos lamentarnos por ello, pero es un dato. Por esto el primer realismo es constatar que esta es la situación, y por lo tanto, que nosotros estamos llamados a vivir estos desafíos, como el de la familia, en un contexto totalmente nuevo. Y este contexto nuevo es un desafío, antes que para los demás, para nosotros. ¿Qué nos permite –¡a nosotros!– resistir en un mundo donde todo, todo, dice lo contrario? ¿Cómo podrán nuestras familias no sucumbir al derrumbamiento en su consistencia, en la educación de sus hijos, en la relación entre marido y mujer? ¿Creemos todavía que el método de Dios puede sostener esto o no?

Ahora bien, lo que hemos mandado para uso interno de la comunidad –que no es un comunicado de prensa, un documento o un manifiesto, como han escrito algunos en estos días– y que voluntariamente no lo hemos puesto en la página web de CL, es solo para ayudar a hacer un juicio. No es que se nos haya olvidado firmarlo –no tenemos ningún problema en firmarlo, al igual que no tengo ningún problema en hablaros de estas cosas abiertamente–, no lo hemos querido firmar a propósito; ahora os explico por qué. Las preocupaciones que están recogidas en el aviso han estado presentes desde la primera reunión el 27 de marzo promovida por el Camino Neocatecumenal, a la cual fuimos invitados junto con todas las asociaciones católicas. En aquella reunión se pusieron como ejemplo de gran movilización católica precisamente las manifestaciones españolas de las que os he hablado. Tanto en aquella ocasión como en la reunión sucesiva, en la cual se anunció como ya decidida la fecha de la manifestación (a pesar de que en la anterior reunión no se llegase a ningún acuerdo), explicamos por qué no considerábamos oportuna, precisamente para afirmar el valor de la familia, la modalidad propuesta de una manifestación en la calle. Discutiendo sobre cuáles eran los instrumentos más adecuados para afrontar el tema de la defensa de la familia, no se llegó a ninguna hipótesis clara y compartida. Junto a nosotros, gran parte del asociacionismo católico italiano (Acción Católica, Renovación del Espíritu, Comunidad de san Egidio, miembros del Opus Dei) y el Fórum de las Asociaciones familiares no consideraron oportuno adherirse. Es así como lo que se había pensado como una iniciativa de los católicos se convirtió en una manifestación "aconfesional", sin siglas ni banderas, a la que se ha adherido el Camino Neocatecumenal y otras siglas como

Alianza Católica, Manif pour Tous, Pro Vita. Llegados a este punto nos hemos sentido libres, y por esto hemos considerado fuera de lugar tomar posición pública como movimiento respecto a la manifestación. Pero como en las últimas semanas muchos amigos pedían ayuda para dar un juicio sobre esta iniciativa, hemos preparado el aviso. La no-adhesión no ha sido dictada por una estrategia política, sino por un criterio de realismo y prudencia, porque la historia reciente demuestra que las veces que se ha salido a la calle para defender un valor el resultado no es una posibilidad de incidencia positiva sino un muro; no se interrumpe o se frena un proceso, más bien se acelera. Por otra parte, ya en 2007 con ocasión de la propuesta de una manifestación de católicos contra el proyecto de ley sobre el reconocimiento de las parejas de hecho heterosexuales y homosexuales (los famosos DICO: «Derechos y deberes de las personas de convivencia estable»), expresamos juicios análogos, convencidos de que en el clima cultural en que vivimos es difícil que las contraposiciones lleven a resultados constructivos y convincentes, porque vivimos en una sociedad en la que la ideología prevalece sobre la experiencia. En este sentido, subrayábamos que la tendencia a ideologizar se combate a través del testimonio de una experiencia en la que se pueda constatar que la familia es un "plus" de humanidad. ¡Y esto no significa encerrarse en las sacristías, porque este "plus" se da en la vida! El testimonio en la vida cotidiana es tan público como la manifestación en la calle, no es que una sea privada y la otra pública. De otro modo, uno fácilmente se pierde y, sobre todo, se descuida el aspecto más relevante, que es el educativo. Pero en 2007 la CEI nos pidió explícitamente a nosotros y a todos los demás movimientos y asociaciones que sostuviéramos la manifestación; y nosotros obedecimos. Ahora, evidentemente, el contexto diferente ha sugerido a los obispos una decisión diferente. Y nosotros ahora también seguimos. Esto no impide que –como también han dicho los obispos– quien quiera ir, vaya.

¿De dónde recomenzar en este contexto? En estos últimos tiempos nos hemos reclamado en muchas ocasiones a mirar a los cristianos perseguidos. Cuando todo se derrumba, ¿desde dónde vuelven a empezar ellos? ¿A qué se reclaman, si no es a lo que hemos dicho esta tarde, al testimonio de la novedad de vida que Cristo resucitado ha introducido en la vida? En una situación como esta, el método no es otro que mostrar un "plus" de humanidad en el testimonio de la vida cotidiana. Pero a nosotros esto muchas veces nos parece poco, y por eso nos sorprende el método de Dios, que cuando decidió hacerse hombre se despojó de Sí mismo viviendo como uno más (nadie habría actuado así, ninguno de nosotros habría actuado así) y apostando todo al atractivo que provocaba Su persona ante todos. Y nosotros sabemos esto porque don Giussani nos ha comunicado el cristianismo así. Lo que me sorprende es que nos cueste tanto entenderlo.

Resulta para nosotros decisivo el deber de testimoniar dentro de las circunstancias cotidianas, también con los instrumentos de la profesión de cada uno. Nuestra contribución al debate consiste en comunicar una positividad última en cada situación y relación; esta es una tarea que cada uno puede –y debería– vivir en el diálogo con cualquiera. Porque el problema está aquí: cuando las familias se deshacen, cuando las

personas no están en condiciones de permanecer en pie ante la realidad, ¿hay algo que puedan ver como una posibilidad que se abre para ellos? Porque los países estaban repletos de leyes buenas, pero esto no ha parado la avalancha que estamos viviendo ahora. También es parte de este testimonio la defensa de un espacio de libertad para cada uno de nosotros, como dijimos con ocasión de las elecciones europeas. Como escribimos después de los hechos de París, «espacio de libertad quiere decir espacio donde poder narrarse, solo o junto a otros, delante de todos. Que cada uno ponga a disposición de todos su visión y su modo de vivir. Esta colaboración facilitará que nos conozcamos a partir de la experiencia real de cada uno y no de estereotipos ideológicos que hacen imposible el diálogo» (J. Carrón, «Tras París, Copenhague: el desafío del verdadero diálogo», *ABC*, 18 de febrero de 2015). Pedimos la misma libertad de vivir y educar que el resto piden para ellos mismos.

Un amigo me escribió transmitiéndome una preocupación que muchos padres tienen: «Al final sigue teniendo difícil respuesta la preocupación más grande: ¿cómo proteger a mis hijos? Es indudable la necesidad de testimoniarles la "vida" y de vigilar aquello que se les propone en el colegio o en otros contextos, pero a menudo me pregunto si es suficiente. Como padre querría protegerles siempre y aislarles del mal del mundo, con la tentación de luchar en su lugar. Sin embargo, en este contexto me parece que pueden ser superados por la fuerza de una ideología verdaderamente devastadora, y a veces me asalta la duda de si no es ya inevitable enfrentarse a la invasión. Sé que la historia nos enseña que las invasiones bárbaras no las frenaron lo que quedaba del ejército romano sino la "vida" de los monjes; pero durante las invasiones fueron muchos los que cayeron y mi preocupación de padre es que los "caídos" puedan ser mis hijos». Me parece útil que veamos cómo nuestros amigos cristianos perseguidos educan a sus hijos, para afrontar los desafíos de la vida. Veamos este vídeo.

Proyección del vídeo de la entrevista a Myriam, refugiada iraquí en Qaraqoush.

- «Durante nuestra visita a este campo nos ha sorprendido encontrar a esta chiquilla que nos ha dicho que veía nuestra retransmisión "Laysh Hayak". Se llama Myriam. ¿Qué tal estás, Myriam?»
- «Bien, ¿y tú?»
- «Muy bien. ¿De verdad ves nuestra retransmisión?»
- «Sí»
- «¿Te gusta SAT-7 Kids?»
- «Sí»
- «¿De dónde eres? ¿Tú también eres de Qaraqoush?»
- «Sí, soy de Qaraqoush»
- «Tienes diez años, ¿verdad?»
- «Sí»
- «¿Cuánto tiempo llevas en este campo?»
- «Cuatro meses»
- «¿Qué es lo que más echas de menos de Qaraqoush y que no tienes aquí?»

- «Teníamos una casa donde jugábamos y aquí no está, pero gracias a Dios, Dios se preocupa por nosotros»
- «¿Qué quieres decir con "Dios se preocupa por nosotros"?»
- «Que Dios nos ama y no ha permitido que el ISIS nos matase»
- «Tú sabes cuánto te ama Dios, ¿verdad?»
- «Sí, Dios nos ama a todos, no solo a mí, Dios nos ama a todos»
- «¿Crees que Dios ama también a los que te han hecho daño o no?»
- «Él les ama, pero no ama a Satanás»
- «¿Qué sientes respecto a los que te han obligado a dejar tu casa y te han causado tantos problemas?»
- «No quiero hacerles nada, solo pido a Dios que les perdone»
- «¿Tú también puedes perdonarles?»
- «Sí»
- «Pero Myriam, ¿es difícil perdonar a quien te hace sufrir, o es fácil?»
- «Yo no quiero matarles. ¿Por qué matarles? Solo estoy triste porque nos han echado de nuestras casas, ¿por qué lo han hecho?»
- «Te gustaba tu colegio en Qaraqoush, ¿verdad?»
- «Sí, era la mejor de mi clase»
- «¿Tenías muchos amigos en el colegio?»
- «Sí»
- «¿Están aquí contigo o no hay nadie?»
- «Están, pero no sé dónde»
- «A lo mejor alguno de ellos está viendo SAT-7 Kids en la tele ahora. ¿Qué te gustaría decirles?»
- «Tenía una amiga antes de venir aquí. Se llama Sandra, estábamos juntas todo el día, todo el día en el colegio estábamos juntas aunque no vivíamos cerca, nos queríamos mucho. Si una le hacía algo malo a la otra, nos perdonábamos. A veces jugando nos hacíamos daño, pero siempre nos perdonábamos. Nos queríamos mucho, ahora me gustaría volver a verla»
- «No sabes dónde está ahora, ¿verdad?»
- «No, no sé dónde está»
- «Si Sandra nos está viendo estoy seguro de que estará pensando en ti y estoy seguro de que te quiere mucho, Myriam»
- «Me quiere mucho y yo la quiero mucho a ella. Espero volver a verla algún día»
- «La verdad es que me gustaría estar contigo el día que la vuelvas a ver»
- «Espero»
- «¿Qué esperas?»
- «Espero volver a casa y que ella también haya vuelto a casa para que podamos vernos»
- «Espero que vuelvas a una casa todavía más bonita que la que tenías antes»
- «Si Dios quiere. No lo que queramos nosotros, sino lo que Dios quiera, porque Él sabe»
- «¿No estás triste a veces? Por ejemplo, ¿no tienes la impresión de que Jesús se ha olvidado de ti?»

- «No, a veces lloro porque hemos dejado nuestra casa en Qaraqoush, pero no estoy enfadada con Dios por haber dejado nuestra casa en Qaraqoush. Le doy gracias porque Él se ocupa de nosotros. Aunque aquí estemos sufriendo, Él nos da lo que necesitamos»
- «Me has enseñado muchas cosas»
- «Gracias, tú también me has enseñado muchas cosas»
- «¿Qué te he enseñado?»
- «Me has enseñado... No, enseñado no, quiero decir que has compartido lo que yo siento. Tú has compartido conmigo... de alguna forma quería que las personas supieran cómo me siento, cómo se sienten aquí los niños»
- «¿Sabes que Jesús no te abandona nunca?»
- «Él no se olvida nunca de mí. Si de verdad lo crees, Él no te abandona nunca»
- «¿Recuerdas alguna canción que te guste cantar cuando estás sola? ¿Para hablar a Jesús? ¿O no te acuerdas?»
- «Solo algunas canciones»
- «¿Me cantarías, cantarías para nosotros tu canción favorita? Aunque sea una canción corta, ¿qué me dices?»
- «Hay una: *"Qué alegría el día en que creí en Cristo. Mi alegría era completa al alba y mi voz cantaba de agradecimiento a mi corazón por mi glorioso Salvador. Crecerá día a día. Una vida nueva, será un día feliz cuando me reúna con mi Amado. Por amor ha venido, ¡oh, qué maravilloso amor! Me ha hecho justicia en nombre de una alianza santa. Mi amor por mi glorioso Salvador crecerá día a día. Una vida nueva, será un día feliz cuando me reúna con mi Amado"*».

Muchas veces nos preocupamos o asustamos por nuestros hijos, por el contexto en el que viven, por la violencia ideológica verdaderamente imponente que les asalta. Pero aquí hay algo más, como habéis podido ver: Myriam, diez años, vive en un contexto donde la violencia –ideológica y física– les ha quitado todo. Pero todo el mal del mundo no consigue parar a una chiquilla como ella. Por eso representa un buen desafío educativo para nosotros: ¿podemos sacar adelante hijos que en este contexto puedan vivir delante los desafíos que tengan que afrontar? ¿Qué es lo que necesitan para vivir como Myriam? ¿Qué testimonio nos ofrecen los cristianos perseguidos a nosotros, cristianos occidentales? ¿Qué hace falta para que saquemos adelante hijos capaces de vivir como ella? Es un gran desafío. Este es el gran desafío educativo: sea cual sea la posibilidad que tenemos de bloquear otras cosas, la raíz última del desafío es esta: si la fe, sea cual sea el contexto en el que nos toca vivirla, es capaz de resistir. Por eso, como hemos dicho en los Ejercicios, «nuestra autoconciencia alcanza su cumbre en el misterio de la Resurrección. En él culmina la autoconciencia del cristiano». Nosotros necesitamos que esto sea cada vez más carne de nuestra carne para poder comunicárselo a nuestros jóvenes.

El trabajo de Escuela de comunidad continúa hasta finales de junio sobre la Introducción de los Ejercicios de la Fraternidad incluyendo el comienzo de la asamblea, porque la primera pregunta y respuesta se refieren precisamente a la introducción. Junto

a los Ejercicios retomamos también el primer capítulo de la segunda parte del texto de la Escuela de comunidad, *Por qué la Iglesia*, desde la página 99 a la 108.

En los meses de julio a septiembre retomaremos la lección de los Ejercicios del sábado por la mañana junto a las preguntas y respuestas de la asamblea que se refieran a esta lección, desde la página 91 a la 100 y de la 104 a la 105. En esta lección, como ya sabemos, afrontamos el tema de una dificultad de la inteligencia causada por una situación en la que el sentido religioso no da pasos y que hemos definido, con una expresión de Benedicto XVI, una «peculiar ofuscación del pensamiento» (Benedicto XVI, *Luz del mundo. El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos. Una conversación con Peter Seewald*, Herder, Barcelona 2010, p. 39); por la que, como hemos visto, ya no somos capaces de reconocer ni siquiera las cosas más elementales de la vida. Entonces, la pregunta sobre la que os invito a trabajar es: ¿qué nos ayuda a salir de esta ofuscación del pensamiento? ¿Dónde te has sorprendido saliendo de esta ofuscación y qué te ha permitido conocer la realidad, la evidencia elemental de las cosas? Porque esto documenta que la Resurrección es realmente un hecho que invade la vida y que nos permite mirarlo todo, igual que la Iglesia mira todo la noche de Pascua. Este es el juicio. La Resurrección es un juicio, ¿por qué? Porque nadie puede siquiera soñar con mirarlo todo –desde la pregunta sobre por qué vale la pena haber nacido hasta la culpa, el mal, la dificultad– sin la Resurrección de Cristo. Tenemos delante estos meses para ayudarnos a entender de verdad el contexto en el que estamos llamados a vivir la fe.

Entrevista en la Repubblica. Para favorecer la lectura de la entrevista que hice en el periódico *la Repubblica* sobre las investigaciones en Roma, como nosotros no disponemos de grandes instrumentos de comunicación en los cuales sin embargo salimos constantemente, os pido a cada uno de vosotros que nos comprometamos a dar a conocer el contenido de la entrevista a nuestros amigos y conocidos en los lugares donde vivís.

Vacaciones de verano. Las vacaciones de las comunidades tendrán como tema: «¿Cuándo hemos sorprendido y reconocido en nuestra experiencia una presencia en la mirada?». No hagamos reflexiones abstractas sobre qué es la presencia; verifiquemos cuándo la hemos reconocido, cuándo nos hemos dado cuenta de que solo esa presencia en la mirada nos permite mirarlo todo de una forma nueva, la relación conmigo mismo, con mi mujer, con las personas.

Durante el verano y las vacaciones os sugerimos que propongáis públicamente en los lugares donde veraneéis la exposición sobre don Giussani *De mi vida a la vuestra* y el vídeo de don Giussani *Il pensiero, i discorsi, la fede*.

Proponemos además dialogar juntos sobre el texto de Bardy (*La conversión al cristianismo durante los primeros siglos*), para ver qué trabajo ha suscitado la lectura de este texto y qué juicio y qué preguntas han nacido. Es una ocasión para proponerlo y compartir unos con otros lo que cada uno ha podido aprender de la lectura del texto. Lo

hemos propuesto precisamente porque estamos llamados a vivir la fe en un contexto similar al que describe Barty de los primeros siglos.

Recordamos la importancia de participar en el Meeting de Rimini (20-26 agosto 2015), yendo todos al menos un día.

Libros para el verano. *Un'attrattiva che muove. La proposta inesauribile della vita di don Giussani*, a cargo de A. Savorana, que recoge las presentaciones de los libros de la vida de don Giussani.

El mundo, la carne y el Padre Smith, de Bruce Marshall.

Vive come l'erba... Storie di donne del totalitarismo, de Bonaguro, Dell'Asta y Parravicini.

Mi puerta está siempre abierta. Conversaciones con Antonio Spadaro, entrevista de A. Spadaro al papa Francisco.

Se ha realizado un DVD sobre la Audiencia del 7 de marzo de 2015 con el papa Francisco, llamado *In cammino*. Lo proponemos como ocasión para tomar conciencia aún más del encuentro que tuvimos y de lo que nos propuso.

La Jornada de Apertura de curso será el sábado 26 de septiembre de 2015 en Milán y se conectarán muchas ciudades de Lombardía y de toda Italia.

Veni Sancte Spiritus

¡Buen verano a todos!